

ABEL VALDÉS A.

LA OBRA DE FRANÇOISE SAGAN

EN LOS ÚLTIMOS AÑOS no se ha producido en Francia ningún fenómeno literario tan extraño, súbito y repentino como el de Françoise Sagan.

Una novelista joven, perteneciente a una familia de la rica burguesía industrial de Francia, educada en un medio de profunda cultura intelectual y filosófica, edita, antes de cumplir veinte años, una novela, "Bonjour, tristesse", y esta pequeña novelita se transforma en menos de dos meses, por la acogida del público, en el libro más vendido en Europa, y no solamente en Europa, sino que en todos los países del mundo y pasa a ser una obra clásica de la literatura universal.

Las dos novelitas publicadas después: "Une certaine sourire" y "Dans un mois, dans une année", no superan a la primera, a la inicial, pero tienen el mismo éxito de público, la misma atracción de la crítica y la emoción incontenible de lectores de todas las edades, que se arrebatan las novelas de la Sagan en todos los países del orbe.

Dejando a un lado la repercusión del éxito mismo que para la autora representa su extraordinario triunfo —riquezas, celebridad, actualidad de primera página en todos los diarios y revistas, indagación de su vida hasta en sus más íntimos pormenores, en suma, toda la carrera incesante de privilegios y desagradados que significa el hecho de llegar a ser un personaje de categoría universal—, es necesario analizar, mejor dicho, examinar en forma objetiva y serena, sin prejuicios, cuáles son las causas de este éxito que, como lo hemos dicho líneas atrás, constituye uno de los fenómenos literarios más interesantes de nuestro siglo.

La Sagan ha sido objeto de los más duros y violentos ataques. El elemento tradicional y conservador en Francia la ha presentado como una especie de demonio femenino y ha afirmado que su literatura encarna todas las abyecciones. Para algunas profesoras norteamericanas de espíritu cuáquero, la es-

critora francesa representa la culminación del libertinaje de la mujer en Francia y la comprobación de que la moral en la tierra de Corneille no existe, ni siquiera en los libros de las jovencitas que recién egresan del ciclo secundario.

En todos estos juicios existe el peligro de juzgar una obra de arte en relación con determinados cánones morales. Es evidente que los libros de la autora francesa no sirven para enseñar moral en un colegio femenino, pero es obvio también que si han tenido y tienen la repercusión mundial que han alcanzado, se debe a que son algo más que la expresión de una novelística libertina o dedicada a los temas sexuales.

Nadie puede negar a Françoise Sagan una calidad literaria realmente sobresaliente. Nació con el don divino de escribir una prosa francesa pocas veces superada. Su limpidez, su claridad, su gracia, su liviandad, su acierto constante para referirse con candor y sencillez a los más graves interrogantes de la existencia, demuestran en la autora no solamente un espíritu libre de prejuicios, sino que una cabeza bien organizada que contempla objetivamente la vida y que toma de ella la realidad insustituible del minuto de placer que pasa.

Tampoco puede negarse que es una genuina y característica representante de una generación, la juventud de la postguerra, totalmente desesperada. La desesperación juvenil busca, como es natural, en el goce del minuto el sentido único que puede darle una existencia tan breve que termina al cabo de unos pocos años de tránsito terrenal y que se disipa en la ilimitada planicie de la muerte, sin esperar resurrección alguna, porque no cree en ninguna inmortalidad.

Si analizamos con un poco de rigor los conceptos expuestos, creemos que en ellos podemos encontrar la clave de esta actitud esencialmente materialista de Françoise Sagan ante la existencia, actitud de la cual están ausentes todas las complicaciones de los sentimientos, de los recuerdos, de las añoranzas, de las esperanzas de eternidad en los sentimientos o de la intención, si quiera, de eternidad en las obras del espíritu.

Algunos escritores han comparado las obras de Françoise Sagan con el canto del ruiseñor y, quizás, si tengan razón. Ella escribe porque su temperamento la impulsa a escribir y al hacerlo, lo ejecuta con una sencillez y una naturalidad que no es común en la literatura francesa —plena de obras maestras— ni en la literatura de ningún otro país, donde también los espíritus curiosos y cultos conocen obras maestras de inmortal perduración.

Seguramente Françoise Sagan no le da mucha importancia a las novelas que escribe. Ya una vez producidos, sus libros son necesidades de expresión que ya han sido satisfechas, pero en el dominio de la técnica literaria debe repararse en que las necesidades de expresión las satisface Françoise Sagan en forma tan magistral que pocos escritores franceses de la hora contemporánea la superan.

Ahora bien, si después de poner de relieve la calidad literaria insuperable de las novelas de la Sagan y de llamar la atención hacia las características relevantes de su absoluto materialismo filosófico e intelectual, es forzoso llegar a la conclusión de que esas dos condiciones son precisamente las que pueden explicar el éxito inigualable que en el mundo de los libros ha alcanzado con tres novelitas de fácil lectura, pero de imborrable recuerdo.

Creemos que no solamente la juventud de nuestros días, sino que la mayor parte de las personas que se interrogan sobre la trágica realidad del mundo se sienten un poco representadas en los personajes de la Sagan, esas personas para las cuales nada tiene valor; que pasan sobre los ideales, sobre los sentimientos, sin ser alcanzados por ellos y que en la hora solitaria de la meditación o en los íntimos instantes de su vida social agitada y hueca tratan, sin conseguirlo, de poner sordina al grito insistente y profundo de desesperación que a todos los embarga.

En la dedicatoria de la famosa novela *Sin novedad en el frente*, su autor, Eric María Remarque, colocó una frase que abre la puerta a muchas reflexiones, dedicando su novela a toda una generación, una generación "aniquilada, totalmente aniquilada, aunque se salvara de las granadas". Las palabras transcritas pudieran aplicarse a gran parte de los escritores de las generaciones posteriores a la Guerra Mundial de 1914-1918, pero las novelas de Françoise Sagan presentan el torbellino multiforme de la vana acción, en el placer, en el infortunio, en el goce o en el dolor, de las generaciones posteriores al último conflicto mundial de 1939-1945, generaciones dislocadas y despiadadas que han perdido toda esperanza.

Françoise Sagan, acaso sin quererlo, con la pintura de sus amoríos fáciles, de sus juventudes libertinas, de sus mujeres alocadas, de sus hombres frívolos, viene a enseñar un evangelio de desesperación, un evangelio que no tiene otra enseñanza que la de aprovechar el minuto de la vida antes que llegue la realidad última e infinita de la muerte.

No se explica el éxito de Françoise Sagan solamente por su maestría literaria. Debe reconocerse que ella en sus tres novelas ha dado expresión a la

desesperación no confesada de la mayoría de los espíritus que se interrogan sobre las más duras realidades de nuestro mundo actual; de los que protestan contra la ignorancia; de los que se rebelan contra la injusticia; de los que no creen que pueda seguirse engañando a las masas con las promesas de visiones celestiales de una existencia ultraterrena, para la cual han perdido los cimientos de toda fe.

Los millones y millones de admiradores de los libros de Françoise Sagan, que en todos los idiomas se han difundido por el mundo, han ido a llenar la búsqueda de un ideal por una generación que no tiene ideales o han tratado de explicar una desesperación que, sin explicación, finca hoy día sus hondas raíces en los corazones de todas las personas que no pueden responder a su propia inteligencia ni a su propia sensibilidad.